

Parlamento de Bretaña convirtiendo la provincia en una generalidad, se estrellaron ante Calonne, que mantuvo al Parlamento, y con el Parlamento el respeto de las leyes del país; y como todo esto era público y notorio, la gente se hacía lenguas y maravillas del hombre que había encontrado en Calonne; así, conforme al uso del tiempo, no tardó en correr por calles y plazas una canción, que no carecía de gracia ni de propósito por el momento, pues dice así:

O français, mes bons amis!
Trop aimables etourdis,
Jadis dans votre délire
Ce Calonne q'on admire
N'étais ma fois prope á rien.
Eh bien
Eh bien
Bénissez votre destin!
Tous jusqu'à la gente bretonne,
Aime Calonne.

Claro está que si Calonne tenía dinero para pa-



VERGENNES

gar los atrasos sin disputar sobre ellos, que si lo tenía para los pueblos que habían sufrido del riguroso invierno de 1784, y para reparar los caminos y construir á Cherburgo, que el dinero no había de faltar á los grandes señores de la corte. Por consiguiente, lejos de imitar al mezquino de Ormeson, pagó las deudas de los príncipes reales; al de Guemené, que había quebrado por la friolera de 30 millones, el rey le compró sus tierras, pagándole dicha cantidad, que no valía de mucho: el duque de Orleans necesitaba dinero, y la reina deseaba su posesión de Saint-Cloud; pues el rey adquirió para la reina, á fuerza de millones, esta magnífica posesión. En fin, la Casa real acudió en auxilio de los grandes señores tronados, adquiriendo tierras suyas, por las que pagó hasta 70 millones.

Fácilmente se comprende que para hacer frente á tanto despilfarro y á tanto gasto útil é inútil, era necesario tomar dinero á cualquier precio, es decir, empeñando las rentas y créditos del Estado por lo que se

quisiere dar, pues, si Calonne favorecía los gastos insensatos de la corte, ¿cómo había de negar á sus amigos y partidarios los medios para brillar que tan generosamente daba á los grandes señores? Así, lo mismo arriba que abajo, el desorden, la malversación y la corrupción estaban á la orden del día.

¿Cómo explicar esta situación, creada por la insigne prodigalidad del ministro de Hacienda? ¿Es que Calonne creyó que acabado un empréstito no le habían de faltar recursos para contratar otro? ¿Es que quiso mantenerse en el poder á toda costa, y se entregó á la corte? ¿Es que se convenció de la inutilidad de sus esfuerzos y quiso envolver su responsabilidad con la complicidad del rey en los locos gastos que por todas partes se hacían? Calonne no nos ha revelado el secreto de sus debilidades y de sus complacencias, pero á nosotros nos parece que si tan sin medida fomentó el desorden y el despilfarro de la fortuna pública, fué, convencido de la necesidad de llegar á un final abocamiento con el

país para ordenar sobre nuevas bases el asiento de Francia.

En medio de esta orgía de diversiones y de placeres que la reina capitaneaba, la musa popular no permanecía muda, y ahora cantaba:

Nargue de hier, vive aujourd'hui;
Fi de Necker, honneur á Calonne,
A droite il prend, á gauche il donne,
L'honnête homme, il n'a rien pour lui.

Así, habían renacido para el antiguo régimen los

grandes días de Luis XIV y de Luis XV, y se consumían los últimos recursos de la monarquía, que había de acabar en la más espantosa miseria. Y, sin embargo, no le faltaban leales consejos, que ora se le daban en folletos anónimos, ora en obras que causaban sensación tan extraordinaria como el trabajo de Necker *Sobre la administración de la hacienda*, que publicó á últimos del año 1784. Mas si el banquero ginebrino publicó su obra, como se ha dicho, cansado de esperar que el rey le llamase, la



Cumplimiento de la sentencia dictada contra madame L. Motte

desilusión hubo de ser grande, pues no sólo el rey y la corte sintieron por ello profunda irritación, sino que aun se trató de perderle por haber publicado los secretos del Estado, escapando, por buena compostura, con su destierro de París.

Ni la corte, ni el rey, querían ser advertidos, ni menos amonestados; pero el público se iba ya inquietando, y las revelaciones y consejos de Necker acabaron por ponerle en guardia contra el ministro, de quien ya de nuevo se creía «que no servía para nada.» Así, cuando Calonne, consumido ya su primer empréstito de cien millones, quiso contratar otro de ciento veinticinco millones, el Parlamento, lo mismo que la gente financiera, lo recibieron muy mal. Pero el Parlamento, compuesto de individuos que sacaban provecho directo de estos empréstitos, no había de resistir mucho tiempo, y, por fin, le dió el pase el penúltimo día de 1784, y los financieros,

como que se les ofrecía con condiciones tan ventajosas, cuanto eran onerosas para el Tesoro, lo recogieron desde el momento que tuvieron seguridad de cargarlo en las inexpertas manos de los que tienen la necia previsión de poner su fortuna en las de los hombres de negocios.

Calonne, sin embargo, tuvo que luchar con poderosos enemigos para asegurar la colocación de su empréstito. La Caja de Descuentos, el Banco de San Carlos de España y otras Compañías dominaban el mercado y el crédito, y señalaban con demasiada franqueza los peligros de las operaciones financieras de Calonne. Otra Compañía francesa, la Compañía de las Aguas de París, con cuyas acciones el rey había pagado los 220.000 francos que debía Calonne al confiársela la Inspección de Hacienda, y á cuyo frente estaba Beaumarchais, era la más implacable. Calonne entró resueltamente en

guerra con ella, y contra Beaumarchais lanzó al decapitado en efígie de Besançon.

Este decapitado era Mirabeau. Su vida de desórdenes y de infamias era hasta una garantía de su fidelidad. Ex-militar, ex-prisionero de If, de Aix, de Pontarlier y de Vicennes, seduciendo en todas partes á las mujeres que estaban á su lado, desde la del cantinero del castillo de If, á la esposa del presidente del Tribunal de Besançon con la que escapó á Holanda; mal esposo y aún peor hijo, siempre lleno de deudas y de trampas, estaba, por lo mismo, en disposición de entregarse á quien quisiera comprar su pluma y su talento, tan grandes y tan impetuosos como su desvergüenza. Tal era el hombre que Calonne lanzó contra Beaumarchais.

Beaumarchais era hombre para Mirabeau. Tenía tanta elocuencia como éste en los puntos de la pluma, y era hasta más honesto y honrado. Y como en travesura y en conocimiento de los hombres y empresas de negocios de su tiempo no tuvo igual, resultaba que era superior á Mirabeau en el campo en que éste le retaba. Mirabeau lo experimentó á sus costas; sin embargo, no se logra vencer á un atleta sin recibir alguno de sus golpes.

Beaumarchais venció, pero salió magullado de las manos de Mirabeau. Éste terminó la polémica diciendo á Beaumarchais, que gozaba á la sazón del triunfo de sus *Bodas de Figaro*, que «en lo sucesivo no debía pensar más que en hacerse olvidar.» Mirabeau, pues, vencía en osadía á Beaumarchais.

Calonne, furioso con la oposición que se le hacía, no sabemos si por su propio consejo, ó por consejo extraño, se le ocurrió dar un golpe mortal á las sociedades y compañías que gozaban del privilegio del alza en la Bolsa, prohibiendo las operaciones ficticias, á crédito y á plazo fijo. Calonne había ido más allá de lo que convenía, pues hasta sus mismos valedores resultaron comprometidos á causa de las operaciones que tenían contratadas, y el pánico más grande se apoderó del mercado. Las letras de los principales banqueros no se descontaban sino á un 7 ó un 8 por ciento. La Caja de Descuentos se cerró para el gobierno, y no sólo se negó á hacerle más anticipos, sino que pidió al ministro que acudiese en su auxilio con sus fondos.

Dicho se está que el empréstito de los 125 millones fué de los que más sufrió, y como á Calonne le arruinaba bajo todos conceptos su baja, no se le ocurrió para detenerla otro medio que la fanfarronada de amortizar 29 millones de inscripciones que nadie exigía, y con cuyo dinero hubiese podido hacer frente á las circunstancias y á la enemiga ó des-

confianza de los banqueros. Esto ocurría en Agosto de 1785. Es decir, cuando otro suceso no menos ruidoso preocupaba la atención de los hombres, á quienes afigía la marcha de la política.

En efecto, el día 15 de Agosto, cuando toda la corte estaba reunida en la galería de los espejos del palacio de Versalles, el barón de Breteuil, ministro de la casa del rey, delante de todos, y en alta voz, daba orden al duque de Villeroy, capitán de la guardia real, para que pusiera preso al cardenal de Rohan, gran limosnero de Francia, obispo de Estrasburgo y príncipe del imperio, que allí estaba, al frente del clero, revestido de sus hábitos pontificales, aguardando la salida de SS. MM., para acompañarlas á la capilla. ¿Y de qué se acusaba al cardenal de Rohan? Pues nada menos que de ultraje hecho á la reina, de ladrón y de estafa, crímenes cometidos con auxilio de una descendiente de los Valois, con la descendiente de un bastardo del rey Enrique II, con Juana de Saint-Remy de Valois, condesa de La Motte por haber casado con el conde de este título.

Digámoslo desde luego. La condesa de La Motte, á pesar de su origen, era lo que se puede llamar una perdida. Había vivido y crecido en la miseria, y se había casado con un hombre no menos corrompido que ella. Los esposos La-Motte no tenían, pues, título alguno ni á la confianza de la reina, ni al favor público. ¿Pero, las aventuras amorosas de Juana de Luz, capaces de desacreditarla á los ojos de los más despreocupados, eran de índole peor que las que habían hecho famoso al conde de Mirabeau, á quien, sin duda en recompensa de lo bien que había servido á Calonne, se le mandaba á Prusia, á la corte del gran Federico ya moribundo para sondear las intenciones políticas de su sucesor? No ciertamente. Esto lo decimos al tanto de prevenir á la gente honrada que nos lea que no podrían comprender como una Saint-Remy había logrado ser la confidente de la reina. La sociedad del antiguo régimen, ya lo sabemos, á todo llamaba galanterías.

¿Quién más galante que el cardenal de Rohan? ¿Quién más digno de ser adorado por las mujeres que ese gran príncipe de la Iglesia, arrogante y buen mozo, y á quien sus dos millones y medio de renta no le daban lo bastante para vivir desahogado? Así, según madame de Oberkich nadie como el obispo de Estrasburgo para conquistar á las mujeres más hermosas de su tiempo. Pues bien á este cardenal, según los amigos antiguos y modernos de María Antonieta, á quien fué necesario revelar de su cargo de embajador en Viena,—ciudad que en el siglo pa-

sado se ganó la fama que aún conserva, con razón, de ser la más galante de Europa, á causa de sus escandalosas galanterías,—á ese cardenal de quien había pedido su relevo la emperatriz María Teresa y que no obtuvo sino el día que su hija fué reina de Francia, esa misma reina y su mogigato esposo le hicieron gran limosnero en 1777, administrador de los Quince-Vingts y cardenal en 1778; obispo de Estrasburgo, abate de Saint-Waast, de Noirmoutiers, y de la Chaise, provisor de la Sorbona, etc., etc.; es decir, que colman de favores y honores que solo podía merecer un gran servidor del Estado, al hombre más corrompido de su siglo, al sacerdote más indigno del siglo XVIII. Más aún, ¿su hermano no mereció de la corte análogas distinciones? ¿Luís XIV no le hizo arzobispo de Cambrai en 1781, y regente del principado de Lieja, para morir limosnero de la emperatriz Josefina? ¿Su sobrino, el príncipe de Guemenée, no mereció del rey como hemos dicho, que le comprase sus tierras al quebrar por más de treinta millones de francos?—Puesto que la virtud no merecía gran consideración á los hombres del siglo XVIII, nada tiene de extraño que los hombres más corrompidos ó las mujeres más perdidas entraran y salieran de los sitios que la preocupación vulgar hace santuarios del honor y de las buenas costumbres.

Nada tenemos nosotros que rebajar del retrato que del cardenal de Rohan han hecho, lo repetimos, los admiradores y apasionados de María Antonieta; pero hemos de añadir que si en Viena escandalizó con sus cenas que duraban desde las nueve de la noche á las dos de la madrugada, supo sorprender los secretos de la corte austriaca y anunciar á tiempo, aunque infructuosamente, el reparto de Polonia y la parte que se reservaba Austria, y que esto y no sus galanterías, fué lo que dió lugar al odio que inspiró á María Teresa y al que sintió luego por él María Antonieta al saber como trataban á su madre, pues el jefe del gobierno, el duque de Aiguillon, tuvo la debilidad de leer su correspondencia, en la que trataba como se merecía la gazmoñería de la emperatriz austriaca, en una cena de las de madame du Barry, y la entonces delfina, lo supo por una confidencia, que dió á entender, á María Antonieta, que la du Barry y Rohan se entendían. Ahora bien, ¿cómo mediando este motivo tan poderoso para el enojo de la reina pudo el cardenal hacer la inmensa fortuna que hizo en la corte? Lo repetimos, misterio. Misterio tan impenetrable como el que pudo llevarle á creer que la reina estaba dispuesta á satisfacer su pasión amorosa.

Esta pasión se ha dicho la inspiró y la hizo creer

la condesa de La Motte. Rohan había, de conquista en conquista, hecho la de Juana de Luz, y Juana fué la que ideó la aventura conocida con el nombre del *Collar de la reina*. Esta es la versión corriente. Pero, ¿qué significa una carta de María Antonieta escrita en 16 de Junio de 1782, es decir, dos años antes de la entrevista real ó verdadera de la reina con el cardenal en los jardines del palacio de Versalles concebida en los siguientes términos:—«Ya sabéis,—dice á su hermano el emperador,—mi aversión por el cardenal de Rohan, á quien no habló desde su regreso de Viena, ¿concebéis que haya tenido la imprudencia de introducirse en los jardines sin saberlo yo, gracias á un hombre del servicio, y que se haya presentado varias veces á mi presencia? Estoy muy ofendida de esta audacia sin ejemplo.» Si el enojo hubiese sido real, ¿tenía María Antonieta reina de Francia, más que quejarse á su marido de ello, la primera vez, puesto que dice que *varias veces* se presentó á su presencia, lo que supone *varias* introducciones sin saberlo ella en los jardines de su casa? Pero á toda mujer le gusta que la cortejen, y la ofensa que con ello se le hace, no llega nunca hasta el agravio. María Antonieta, pues, estaba ofendida, pero no agraviada de la audacia temeraria del cardenal. Como ya veremos más adelante María Antonieta gustaba de las entrevistas fortuitas en los jardines de Versalles. Mirabeau nos ha hecho conocer de una manera cierta esta afición. Nosotros creemos, pues, que el cardenal venía desde largo tiempo pensando en la conquista de María Antonieta, cuando la condesa se ofreció al cardenal como mediadora. Mediara, pues, la condesa, desde un principio como confidente del enamorado cardenal, ó solo para congraciarse con la reina y que ésta la recibiera en su favor y aprecio, lo cierto es que el cardenal, siempre por la intermediación de la condesa entró en correspondencia con la reina, correspondencia que se fué acalorando hasta el punto de que se tutearan entrambos en sus cartas, cartas cuya existencia traía desazonado al cardenal cuando desde la Bastilla creía que el aviso que había enviado á su vicario y secretario abate Georgel, no hubiese llegado á tiempo para destruirla.

Rohan, al cabo de seis meses de corresponder de esta suerte con la reina, pidióle una entrevista. Y esta tuvo lugar en los jardines de Versalles entre once y doce de la noche de últimos de Julio ó primeros de Agosto de 1784, es decir, durante el gran tiempo de la administración de Calonne, cuando el rey daba los millones de Francia para salvar al sobrino del cardenal.